

LA ECONOMIA DE HACIENDAS Y EL PROGRESO DE LAS CENTRALES EN PONCE HACIA 1900

por ANDRES RAMOS MATTEI
UNIV. DE PUERTO RICO
RIO PIEDRAS

El ámbito de mi trabajo se circunscribe a la última fase de hacienda, no solamente en Ponce, sino en el litoral sur de la Isla. Además cubre el surgimiento de la central azucarera en esta misma zona. Para propósitos de esta conferencia, sin embargo, me voy a limitar al surgimiento de la central.

Las haciendas del litoral sur desaparecieron después de 1898. Ya para 1905 no quedaban muchas en pie elaborando azúcar. La mayoría sucumbió en el período inmediato al cambio de dominación norteamericana. Sin embargo, debe quedar claro que su desaparición no debe equipararse a la ruina.

El sistema de haciendas dejó de ser el instrumento de elaborar azúcar en tan breve período. Cedió ante el empuje de la factoría central. Desde Ponce hasta Guayama y más allá, comenzó a imponerse el nuevo sistema productor de la central. Este se caracterizaba por su fábrica totalmente mecanizada, que incrementaba a niveles altísimos la capacidad de elaborar de la unidad. La central mejoraba notablemente la calidad del azúcar elaborada. De esa manera satisfacía la demanda en el mercado por un azúcar superior al tipo moscabada.

El poder de la central repercutió en las otras fases de la elaboración de azúcar. Las unidades se distinguieron por su control directo e indirecto sobre grandes fajas de terreno. La tendencia hacia el control de tierras ya exhibida por el sistema de haciendas ahora se hizo patente en la central con su voraz apetito por una mayor oferta de caña.

La central Aguirre es sin lugar a dudas la unidad más conocida de todas aquellas fundadas en la zona geográfica bajo estudio, posterior a 1898. Se trata de una empresa establecida por cuatro inversionistas norteamericanos. Sus gestiones comenzaron ya para finales de 1898, no bien habían abandonado la Isla las tropas españolas en octubre.

El primer paso en la fundación de la central fue la compra de la hacienda Aguirre en Salinas. Esta estaba formada por mil quinientas cuerdas, resultado de la agregación paulatina de diversos predios de distintas épocas, desde principios del siglo XIX.

La firma Leford & Co. la había adquirido formalmente en febrero de 1899 por la cantidad de cien mil dólares oro. Leford instaló en ese mismo año maquinaria capaz de mecanizar la fase fabril de la empresa. Parte de esa maquinaria la adquirió de la Fulton Iron Works de St. Louis, Missouri. A la misma vez la firma planificó el control directo o indirecto de terrenos aptos para el cultivo de caña circundantes a la fábrica de la central. Al poco tiempo estos terrenos se extendían en un radio que cubría desde Juana Díaz hasta Guayama. La mayoría de las haciendas del litoral se hicieron tributarias de la central. Muchas arrendaron sus tierras a la central. Otras permanecieron en manos de sus dueños. En ambos casos enviaban sus cañas a la fábrica de la central.

Leford pudo comprar también la hacienda Potala en Juana Díaz. En manos de dueños ausentistas peninsulares desde mediados del siglo pasado, éstos al parecer optaron por vender luego de la invasión norteamericana en julio de 1898. Al poco tiempo después del cambio de dominación sacaron a Potala en pública subasta desde España.

Haciendas en Guayama como la Josefa, Gregoria, Melanía y otras, en otrora orgullo de la élite terrateniente azucarera, fueron arrendadas una a una a la nueva central. Otro tanto sucedió en Salinas, Santa Isabel y Juana Díaz.

En otras unidades como Carmen o Destino en Santa Isabel, los propietarios cesaron de elaborar azúcar. Contrataron enviar sus cañas a moler a Aguirre. Aún propietarios ausentistas, como los esposos Amorós, también tío y sobrina, herederos de la hacienda Reunión en Guayama, conservaron su hacienda, pero contrataron enviar la caña a moler en la fábrica de Aguirre.

Pero no todas las unidades se vincularon a Aguirre. Algunas se articularon a otras centrales que surgieron con el advenimiento de la dominación norteamericana. De todas esas que se independizaron, que se convirtieron en unidades independientes a Aguirre, por ejemplo, quizás la más importante, sin lugar a dudas, es la Mercedita en Ponce. Esta fue fundada como central en la primera década del siglo presente, a raíz de la muerte del fundador,

Juan Serrallés, en el 1897. Sin embargo, no debe confundirse con la antigua hacienda, propiedad del mismo dueño, Juan Serrallés.

Esta central se formó de la unión de varias haciendas que Serrallés había ido comprando poco a poco desde la segunda mitad del siglo pasado. Entre todas colindaban entre sí y formaban un cuerpo de más de cinco mil cuerdas aptas para cultivo de caña.

Otra central fundada en este mismo período fue la Fortuna. Estaba localizada en terrenos de la antigua hacienda con el mismo nombre. Fundada durante el “boom” azucarero del siglo pasado aquí en Ponce, Fortuna fue propiedad del peninsular Manuel Ferrer. Este, como se recordará, era dueño también de la hacienda Potala. Ferrer se la vendió en 1886 a Jaime Guilbe y Francisco Marich. Estos, sin embargo, no la retuvieron mucho tiempo. Diez años más tarde Juan Forgas se la llevó en pública subasta por doscientos cincuenta mil pesos.

Forgas murió en el 1885 en Barcelona. Su sobrino, José Gallard, heredó la hacienda. Gallard permaneció residiendo en España y representó como cunero a Puerto Rico en las Cortes españolas, en calidad de senador. Murió también él en Barcelona en el 1898. Su viuda y ocho hijos heredaron la Fortuna. Poco tiempo después de la muerte de Gallard la familia organizó la *Compagnie Sucrière de Porto Rico* - lo de “Compagnie” venía, con toda probabilidad, a que habían obtenido el capital en Francia. Los Gallard controlaban el setenta y cinco por ciento de las acciones de la nueva compañía. El resto estaba en manos de inversionistas franceses.

La compañía de azúcares se organizó para operar la central Fortuna en el 1905. Necesitando capital de trabajo adicional, lo obtuvieron, mediante un préstamo a varios comerciantes de Ponce, montante a doscientos mil dólares. Eran Guillermo Cortada, Carlos Armstrong Toro y la firma Fritzelund & Co. Comenzarían a liquidar la deuda en la zafra de 1909, pagando en quintas partes todos los meses a partir de febrero.

Sin embargo, algo andaba mal porque a finales del mismo 1909 la compañía vendió todos sus intereses a la recién formada Fortuna Estates. La misma no era otra cosa que una entidad creada expresamente por la South Puerto Rico Sugar Co. para comprar la central Fortuna. La transacción se arregló en París, tal parece haber sido la importancia que la Fortuna tenía en los planes de la South Puerto Rico. El precio de compra ascendió a seiscientos ochenta y cinco mil dólares.

Los planes de Carlos Cabrera, dueño de la hacienda Florida en Santa Isabel, eran aún más grandiosos. Cabrera se alió con Fritzelund, una poderosa firma comercial en Ponce. Esta última le estaba haciendo todas las gestiones necesarias a un grupo de inversionistas alemanes con bases en Bremen y Nueva York, para establecer una central en el puerto de Guánica. Sus esfuerzos resultaron en la fundación, para noviembre de 1900, de la South Puerto Rico Sugar Co. Al año siguiente, la compañía comenzó a formalizar los contratos de venta de tierras, arrendamientos de terrenos y compraventa de cañas a propietarios circundantes en Guánica.

En los planes de la South Puerto Rico figuraba prominentemente la fundación de otra central en Santa Isabel. Esta tendría capacidad para elaborar hasta veinticuatro mil toneladas de azúcar por zafra. Es decir, tendría hasta el doble de la capacidad que se esperaba obtener en la misma Guánica. La unidad se llamaría la Santa Isabel Central. Tendría un control sobre siete mil cuerdas de terreno en el vecindario.

Carlos Cabrera había coordinado la compra de mil cuerdas y hecho contratos con propietarios del lugar para moler sus cañas en la nueva central. Figuraban como piezas claves en todos estos planes su hacienda Florida y la hacienda Destino. No obstante, la fundación de Santa Isabel no se realizó.

Es muy posible que la adquisición de la Hacienda Potala y la negociación con varios propietarios para moler sus cañas con Aguirre desanimaran a la South Puerto Rico Sugar Co. Además, no hay que olvidar que Aguirre tenía el control sobre la red ferroviaria desde Juana Díaz hasta Guayama, controlando así el transporte de la caña en esa zona.

Como quiera que sea, Cabrera celebró un contrato con Aguirre en 1902 para moler caña cultivada en su hacienda Florida, en la central Aguirre. Florida figuraba todavía en el 1907 como colonia de Aguirre. Hacia mediados de ese mismo año Cabrera comenzó a levantar una fábrica mecanizada en terrenos de Florida. La financió parcialmente con un préstamo que le hizo a Guillermo Cortada, Carlos Armstrong y Fritzelund. La adquisición de esta maquinaria era el primer paso para lograr el sueño que tanto acariciaba Cabrera, fundar una central en sus predios.

El 20 de abril de 1909 se organizó formalmente la Florida Sugar Co. El accionista mayor era, por supuesto, Carlos Cabrera, con mil

seiscientas acciones. Suy madre tenía otras acciones en la compañía también.

Eso no era todo. La empresa estaba también en manos de diecisiete accionistas; la mayoría eran figuras de mucho relieve y de grandes inversiones en el mundo del azúcar de aquel entonces. Entre estos cabe destacar a Eduardo Giorgetti, Rafael Fabián, Manuel González, Ramón Aboy Benítez y Carlos Armstrong. La central, sin embargo, no duró mucho tiempo. Los dueños de la central Aguirre presentaron una demanda en donde alegaban incumplimiento de contrato a Carlos Cabrera. Los detalles no están muy claros por el momento. Sin embargo, la central Aguirre adquirió a Florida para el año 1910.

Mejor suerte corrió la Santa Isabel Sugar Co. Esta fue fundada en el 1908. El núcleo principal de tierra lo constituía la Estancia Descalabrado, con más de mil cuerdas de terreno en el barrio del mismo nombre en Santa Isabel. La Estancia originalmente había sido colonia de Aguirre. Era propiedad de Juan Cortada Tirado. Nuevamente, esta compañía siguió el mismo patrón que Florida. Cortada era el principal accionista con mil ochocientas acciones. A la misma vez se incorporaban figuras encumbradas del mundo azucarero de aquel momento histórico: A. Hartman & Co., compuesta por los hermanos McCormick-Hartman, tenían seiscientas acciones; Rafael Fabián tenía trescientas veinte; la Sucesión Alcaide tenía trescientas diecisiete; y los hermanos Verge tenían ciento cincuenta y ocho.

Otras haciendas, sobre todo aquellas próximas a Arroyo y Patillas, también cesaron de operar para convertirse en tributarias de la central Providencia, incorporada en el 1905. Esta se fundó en terrenos de la antigua hacienda con el mismo nombre, en el municipio de Patillas.

Los planes para fundar una central en esa zona se venían fraguando desde 1901. Entraban en el mismo varias personalidades pudientes del contorno, como la familia Fantauzi, propietarios aulentistas residentes en París, A. Hartman & Co. y la familia Verge. La maquinaria para la nueva central se ordenó a Glasgow, Escocia. También se hicieron gestiones para levantar capital en Nueva York.

Sin embargo, los planes se vinieron abajo cuando los Fantauzi decidieron, por control remoto desde París, fundar una central en terrenos propios. Mientras tanto, diversos hacendados dispusieron

de sus tierras para facilitar el establecimiento de la central Providencia. Los McCormick, por ejemplo, compraron parte de la hacienda Carlota en el barrio Machete de Guayama. Otras haciendas que pasaron al control de la nueva central fueron las antiguas haciendas Enriqueta y Concordia en Arroyo. La central asumió el control sobre setecientas sesenta y tres cuerdas de terreno. Años más tarde se incorporó la Enriqueta & Co. para administrar los terrenos adquiridos.

Los intereses de esa central Providencia llegaron hasta el mismo Salinas. Los hermanos McCormick, por ejemplo, arrendaron novecientas cuerdas en el barrio Quebrada Yegua con el propósito de criar y mantener ganado allí. Al año siguiente los hermanos McCormick compraron otra finca de trescientas cuerdas en ese barrio.

Los hermanos McCormick continuaron incursionando en la adquisición de otras propiedades. A mediados de 1906 negociaron la compra de la antigua hacienda Reunión en Jobos, que desde 1901 era colonia de Aguirre. Se la compraron al matrimonio Pedro y Bárbara Amorós, residentes ya hacía años en Palma de Mallorca. En esa misma fecha los McCormick compraron también las haciendas Esperanza y Verdaguer en Guayama. Ambas pertenecían al matrimonio Amorós mencionado. La transacción completa se hizo a través de préstamos hechos en Londres. Finalmente, los hermanos McCormick compraron la hacienda Olimpo en el barrio Caimital de Guayama. Esta había estado en manos de José Mariano Capó, notario público de Guayama, hacia ya casi medio siglo.

Las conclusiones a que llega mi trabajo y que voy a compartir con ustedes, son las siguientes. El estudio de las haciendas y el surgimiento de la central en el litoral sur de la Isla, apunta hacia conclusiones de mucho peso, que chocan con el modo de ver muchas cosas durante el período bajo estudio.

En esa zona de la Isla las haciendas más importantes pudieron sobrevivir las crisis económicas de aquel entonces, debido a la maquinaria que poseían. Esta les permitía enviar un producto, al mercado refinador, muy superior a la moscabada común. En algunos casos los azúcares entraban directamente al mercado consumidor.

Esas haciendas controlaban cientos de cuerdas, de las mejores y más aptas para el cultivo de caña en la región. Además, tenían concesiones para la toma de agua de riego en sus predios. La dispo-

nibilidad de estas vastas extensiones de tierra posibilitó atraer una fuerza de trabajo residente en las haciendas. Con ello se resolvía, aunque no de manera final o completamente exitosa, el perenne problema de la formación de un mercado de trabajo en esas unidades.

La producción estable en esas haciendas posibilitó reducir al mínimo el endeudamiento con comerciantes prestamistas. Así pudieron minimizar peligros de perder propiedades mediante ejecución por falta de pago.

Llama poderosamente la atención cómo la mayoría de estos propietarios continuaban siendo extranjeros, antes y después de 1898. Aún aquellos nacidos aquí continuaban conservando la nacionalidad de sus padres, aún abajo la dominación norteamericana. Su ciudadanía extranjera, sus viajes frecuentes al exterior, el contacto continuo con familiares en el país de su origen, contribuyeron sin lugar a dudas a forjar la visión que todo lo extranjero era superior a lo criollo. Fue otro de los tantos valores que la cultura de plantación nos legó.

Peor aún, esa visión distorsionada condujo también a un aislamiento de la élite terrateniente del resto de la sociedad. Y la misma plantación fomentó esto, ya que daba la impresión que había una sociedad dividida solamente en dos clases, hacendados y trabajadores.

Ese distanciamiento tiene muchísimo que ver con las prácticas de la élite hacendada. No se necesita mucha imaginación para razonar por qué se casaban entre sí, por qué preferían casarse con un extranjero aunque fuera pobre, o por qué llevaban la endogamia hasta el colmo, como por ejemplo casándose tíos y sobrinos y por extensión viudas y cuñados. El matrimonio así cerrado conservaba o unía los capitales, asegurando la continuidad de la empresa.

El extranjero, aunque pobre o analfabeta, garantizaba la pureza de sangre, es decir, la blancura que tan cara le resultaba a esa élite. Después de todo ésta era el signo inequívoco que encumbraba sin mediar una palabra en nuestra sociedad de aquel entonces.

Ese fue también el valor generado por la sociedad de plantaciones: el color sería para aupar, o mantener fijo en un status inferior a los individuos. Tal criterio se tornó crítico después de la abolición de la esclavitud, cuando cesaron los mecanismos legales de sumisión y sujeción de un sector significativo de la población.

En algunos casos estudiados no se trata tanto de distanciamiento sino de ruptura total. Familias enteras como los Antonetti en Salinas se mudaron desde fecha temprana a Córcega. Allí se sentaron a vivir por el resto de sus días de las rentas de sus propiedades en Salinas.

El patrón no es tan pronunciado, pero a la postre resulta en lo mismo, entre los peninsulares y aquellos de origen canario y mallorquín. Estos exhibían la tendencia a disfrutar los últimos días de su retiro en España, Canarias o Mallorca, como es el caso de Manuel Ferrer, los Amorós o los Alomar. Algunos heredaron sus propiedades viviendo en la Península. Es muy probable que los hijos de Manuel Ferrer, dueños de Potala, jamás pisaron suelo puertorriqueño, y sin embargo le debieron el sustento por largos años a esa hacienda, adquirida por su padre hacia 1864.

Otro resultado de este complejo proceso significó la continua fuga de capitales en la Isla. La economía de haciendas se desvirtuaba ante una acción tan parasitaria, como sostenida y consecuente. No en balde hasta un Luis Muñoz Rivera denunciaba allí en el 1893, desafiando la censura, cómo el estancamiento económico en Ponce se debía, y cito, "...a que los productos de la campiña feraz toman año tras año el camino de Europa, en que los ingenios permanecen junto al Portugués y al Inabón y el Bucaná, pero las rentas se consumen en París, en Londres y en Madrid, o en Barcelona; en que los capitales emigran y acuden a fomentar el lujo de otras ciudades, en que se alzan palacios y jardines que llevan en sus sillares y en sus invernáculos, el jugo amargo de nuestros cafetos y el dulce jugo de nuestras cañas. Entre tanto que los hijos de Ponce y los que en Ponce labraron su riqueza arrastran sus carruajes en la Rambla, en el Bosque de Bolonia o en la City, Ponce echa de menos la savia que le extraen y la vida que le roban".

La última década del siglo pasado, pues, sacudió de raíz todo el sistema de haciendas, aún las más prósperas. Los mercados europeos se cerraron con el auge del azúcar de remolacha; quedó sólo el mercado norteamericano. Allí la demanda se uniformó por el azúcar centrifugada, elaborada en centrales mecanizadas. Los demás tipos quedaron relegados a un plano inferior.

El remedio a estos males consistía en fundar centrales y en estabilizar la entrada al mercado norteamericano. Pero los Estados Unidos se enfrascaron con España en una guerra tarifaria, buscando la captura de los mercados cubanos y puertorriqueños. A esto

hay que añadir el estallido de la segunda guerra de independencia cubana en 1895. La invasión y toma de poder en Puerto Rico por los norteamericanos en 1898 fue recibida con júbilo y anticipación por los hacendados azucareros. Los del litoral sur no fueron la excepción.

Todos vieron en la llegada de los norteamericanos el cumplimiento de su sueño dorado. Querían, en primer lugar, estabilizar las relaciones mercantiles con los Estados Unidos. Aspiraban introducir sus azúcares libres de todo arancel en el mercado norteamericano. Los hacendados aspiraban también a resolver el problema monetario que entorpecía el crédito, los pagos, y sobre todo la articulación de la fuerza de trabajo a las unidades productoras.

Con el cambio de dominación se realizaron estas aspiraciones, se allanó el camino para la proliferación de las centrales, unidades que respondían a las necesidades de los nuevos tiempos. En el litoral sur bajo estudio se formó una empresa norteamericana que operaba la central Aguirre. Desde sus comienzos violó el espíritu de la ley de las quinientas acres que prohibía a cualquier corporación poseer más de esa cantidad de tierra. Pero no puede pasarse por alto que la unidad que compraron (sic) la hacienda Aguirre se forma de más de mil quinientas cuerdas. Es decir, el atesoramiento de la tierra no era una cuestión de nacionalidad. Se trata de un asunto inherente, más bien, el sistema del cultivo de caña y elaboración de azúcar bajo la plantación, que tomó un cariz de proporciones gigantescas bajo la central.

Las haciendas no pudieron seguir elaborando azúcar de inferior calidad a la de la central y por eso cesaron paulatinamente sus operaciones. Sin embargo, sus dueños continuaron percibiendo rentas mediante contratos de arrendamiento o enviando sus cañas a moler a las diversas centrales fundadas. De ahí que la industria azucarera nuestra en el siglo XX -o a principios de siglo XX- continuara manteniendo a muchos en Barcelona, en Palma de Mallorca o en Bastia, aunque ya no eran dueños de hacienda.

Otros lograron establecer centrales de su hechura. En el patrón familiar ya conocido, compraron tierras a terceros, arrendaron predio a otros, y contrataron moler las cañas de otros más.

De aquí que la evidencia apunta hacia una continuidad dentro de los cambios acaecidos después de 1898. La élite azucarera del litoral sur siguió tan extranjera como siempre y derivando utilidades de sus propiedades azucarearas. Sus intereses ahora esta-

ban ligados a la presencia norteamericana en Puerto Rico, como en otrora estuvieron ligados a la metrópoli española. La evidencia no parece sugerir lo contrario. Más que antagonismo entre centralistas norteamericanos y azucareros locales, el azúcar los unió y articuló entre sí en un mismo afán de conservar los vínculos con Estados Unidos para beneficio propio.

En ese mismo sentido continuaba el viejo círculo vicioso experimentado en otrora bajo España. En aquel entonces, ni incondicionales, ni liberales o autonomistas cuestionaban en cuán fuerte apretaba el nudo. En otras palabras, ninguno de los dos bandos ponía en entredicho la relación política fundamental de colonia-metrópoli existente entre Puerto Rico y España. Se pretendía ignorar las consecuencias devastadoras de tal relación.

Así que no es de extrañar que las cosas continuaran donde habían quedado después de la toma de poder de los norteamericanos. Daba ahora lo mismo ser centralista o colono, unionista que republicano. Ambos entraban por la misma puerta, a defender sus intereses comunes, en la reunión de la Asociación de productores de azúcar, o en la Asociación de colonos de Aguirre, por ejemplo. Sus azúcares entraban por los mismos puertos de la nueva metrópoli, libres de pagar aranceles. Por eso la seguridad económica estaba garantizada mientras duraba la presencia norteamericana en la Isla.

Y ahí se encontraba el nudo de la cuestión. Al igual que en el siglo XIX los propietarios azucareros necesitaban de la metrópoli para mantener su bienestar material, otras de las deformaciones de la economía de plantación. Por eso no vieron con indiferencia la invasión norteamericana en julio de 1898, ni tampoco asumieron una posición de compás de espera. Se identificaron con los norteamericanos a raíz de la invasión y se articularon a sus designios tan pronto estuvo en sus manos.